

Juan José Pérez-Soba

¿QUÉ ACOMPAÑAMIENTO ABRE UNA ESPERANZA?

*Las prácticas pastorales
con los divorciados vueltos a casar*



Monte Carmelo



didaskalos

Imagen de portada: *Beatriz R. Porrero*

“La esperanza es una niña muy pequeña...
Yo soy, dice Dios, el Señor de las Virtudes.
La Fe es la que vela por los siglos de los siglos.
La Caridad es la que vela por los siglos de los siglos.
Pero mi pequeña esperanza es la que se acuesta todas las noches
y se levanta todas las mañanas
y duerme realmente tranquila.
Yo soy, dice Dios, el Señor de esa Virtud”

(*Charles Péguy*)

© 2015 by Discípulos de los Corazones de Jesús y María

© 2015 by Editorial Monte Carmelo

Paseo del Empecinado, 1; Apdo. 19 - 09080 - Burgos

Tfno.: 947 25 60 61; Fax: 947 25 60 62

<http://www.montecarmelo.com>

editorial@montecarmelo.com

Impreso en España. Printed in Spain

ISBN: 978 - 84 - 8353 - 727 - 5

Depósito Legal: BU - 151 - 2015

Impresión y Encuadernación:

“Monte Carmelo” - Burgos

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
y transformación de esta obra sin contar con la autorización
de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

CONTENIDO

1. Una pastoral conformada por el seguimiento de Cristo	9
2. La aparición del acompañamiento	41
3. La acción de acompañar	87
4. El caso de los divorciados con otra unión	107
Conclusión	133
Índice general	135

1

UNA PASTORAL CONFORMADA POR EL SEGUIMIENTO DE CRISTO

“Ven y sígueme” (*Mt 19,21*). Esta frase repetida una y otra vez en los evangelios, llega a convertirse en el paradigma de la llamada de Cristo a los discípulos. En su brevedad, contiene una novedad tal que configura el “seguimiento” como una realidad central y original del cristianismo. Es una llamada que recoge todo el contenido de las vocaciones del Antiguo Testamento y las que se narran en los evangelios de la infancia. La especificidad que nos presenta reside en la inmediatez con la que se invita a seguir a Cristo. Esto es original, porque no se trata de una misión precisa ordenada por Dios a los profetas, sino un seguimiento que indica la participación en la misma misión de Cristo que solo se puede vivir en ese acto particular.

1.1.- Seguimiento y discipulado

En todas las culturas el discipulado es una institución con reglas precisas para determinar cómo aprender en torno a un maestro. De este modo, se configura una forma particular de vivir que rodea esta enseñanza. Este es el contexto en el que se han de comprender las palabras anteriores y tiene una repercusión directa en la pastoral que no puede nunca perder la referencia al discipulado. Solo con esta clave se capta de verdad la vida del cristiano. Por ello, la pastoral se ha de entender en primer lugar como una acción que nos configura a Cristo y nos permite comprender mejor su misterio. Esta dimensión es anterior y central respecto de cualquier otro objetivo pastoral. La pastoral solo puede ser vivida por un auténtico discípulo de Cristo en su camino de identificación con su Maestro.

La configuración del discipulado de Cristo por medio de una llamada y a través de un seguimiento, la distingue claramente de cualquier otra institución judía. La diferencia es grande tanto respecto de la relación que se establecía en torno a los rabinos, como la de las comunidades de discípulos que observaban una regla particular de vida, como la comunidad de Qumrán, con tantos paralelos con los discípulos que se reunieron en torno a San Juan Bautista. En ambos casos, la adhesión al

maestro es por elección del que quiere ser discípulo, mientras que Jesucristo es el que toma la iniciativa y llama al que desea que le siga. El primado de la vocación en la experiencia cristiana pasa a ser esencial en cualquier consideración pastoral: todo hombre tiene una vocación dada directamente por Cristo. La acción de la Iglesia no puede ser otra cosa que conseguir que cada persona descubra esa llamada en el encuentro con Cristo. Esta es la razón de todos sus apostolados, que toman de la experiencia inicial cristiana ese sentido propositivo y de comunicación que asombra a los hombres “modernos”, acostumbrados a un respeto total y a distanciarnos respecto de la intimidad del otro. Cristo llama, con una iniciativa sorprendente, porque su proposición no parte del límite del respeto a una autonomía humana¹. Va mucho más allá, contiene una nueva identidad a la que responder. Es una de las razones que muestra a Cristo como una figura inclasificable que rompe todas las previsiones por el vínculo que propone y que solo cuenta como paralelo la llamada del Creador².

¹ Cfr. T. GOFFI, “Seguimiento/imitación”, en *Nuevo Diccionario de Teología Moral*, Paulinas, Madrid 1992, 1672: “Para poder ser misionero, el discípulo debe desprenderse de todo (*Mt* 8,21; *Lc* 9,59), e incluso renunciar a su autonomía personal”.

² Tal como plantea el famoso dilema de: C. S. LEWIS, *Mero cristianismo*, Rialp, Madrid 2009, 69: “Nos encontramos, pues, con una alternativa aterradora. O este hombre del que hablamos era (y es) justa-

Por eso, si la vinculación maestro-discípulo en el caso de los rabinos duraba el tiempo de la enseñanza, y en el caso de la comunidad espiritual era sometida a distintas reglas de iniciación, en Cristo se hace al instante y dura para siempre. Su llamada no acaba ni tiene un término temporal, empeña toda la vida, tanto en los ámbitos que implica, cuanto en el tiempo que compromete. Ese es el contenido del “venir” que, en el evangelio de San Juan está ligado al “permanecer” como forma explícita de mostrar la naturaleza del vínculo que se establece y la raíz teológica en la que se sostiene. El evangelista, para reforzar esta base lo une a un “ver” con un sentido revelador que asegura el valor cognoscitivo de todo el proceso. Los discípulos permanecen con Cristo porque “han visto” en Él algo del todo singular que supera incluso la primera expectativa por la que aceptaron la invitación. De aquí que los apóstoles se hagan eco de la misma y la repitan unos a otros como último y definitivo argumento: “ven y verás” (*Jn 1,46*). El último conocimiento al que se remite es, entonces, de naturaleza experiencial, tiene que ver con un acceso insustituible a la intimidad, cada persona debe

mente lo que Él dijo ser, o sino, era un lunático, o algo peor. Bien: a mí me parece evidente que no era ni un loco ni un monstuo y que, en consecuencia, por extraño o terrible o improbable que pueda parecer, tengo que aceptar que Él era y es Dios”.

hacer ella misma experiencia de ese encuentro con Cristo. Por consiguiente, con toda certeza, se ha de decir que es Jesús el que llama a cada hombre, también por medio del amigo y del confidente.

La razón de la novedad única que se encuentra en Cristo aparece explícita en los evangelios como fundamento de autenticidad: “les enseñaba con autoridad y no como sus escribas” (*Mt* 7,29). Es esa autoridad incomparable la que sostiene la fuerza de la llamada para que la respuesta sea *total*: “dejándolo todo, lo siguieron” (*Lc* 5,11). El encuentro paradigmático es el del joven rico que busca un maestro (cfr. *Mt* 19,16) y encuentra mucho más, al Hijo de Dios que le pide todo y supera la más alta de sus previsiones. Se retira triste, porque le parece demasiado. El *plus* de abandono contenido en el seguimiento es característico de la vida cristiana. Venir y seguir exigen al discípulo una *verdadera conversión* que se interpreta en los evangelios en el marco de introducirse en la Nueva Alianza³, en el Reino de Dios. Se trata de descubrir en el encuentro con Cristo la Alianza definitiva con Dios, de un modo universal y trascendente.

A estas exigencias iniciales, el seguimiento añade la imagen del *caminar* dentro de la unidad

³ Cfr. G. BERTRAM, “ἐπιστρέφω, ἐπιστροφή”, en *TWNT*, VII, 722-729.

de un proceso. Esto conlleva que la primera llamada realizada por el Maestro tenga algo de alianza y de promesa, pues debe ofrecer un vínculo y apuntar a una grandeza. En este punto es donde, sin duda, el seguimiento es la única manera de acceder a un conocimiento interior de Cristo. No es la comprensión de los que escuchan desde lejos las palabras de Cristo, sino la que nace de lazo particular del discípulo que le sigue.

El seguimiento tiene así un significado teológico y se introduce en la realidad de la existencia de Cristo que vive solo para su misión. En Él su identidad de Hijo y su misión de Salvador no pueden separarse. Esto aclara, por una parte, que ser cristiano no consiste en la identificación con una doctrina que se hace propia, ni con un estilo de vida que se quiere integrar, tiene que ver mucho más con la *propia identidad de hijo de Dios* que solo se descubre en el encuentro con el Hijo. Este punto ha sido clave para poder discernir adecuadamente la *esencia del cristianismo*⁴.

Por ello, el seguimiento no puede consistir en la imitación de una forma de vivir, cuanto en la realización de la misión de Cristo que, una vez cumpli-

⁴ El libro fundamental es: R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, en *La esencia del cristianismo. Una ética para nuestro tiempo*, Cristianidad, Madrid 2002, 7-106.

da en su Persona, debe realizarse en “su cuerpo que es la Iglesia” (cfr. *Col* 1,24).

1.2.- El seguimiento en clave existencial y sacramental

De aquí que la verdadera comprensión del seguimiento se refiere a la forma como Cristo llega a su plenitud como hombre en el Misterio Pascual y lo transmite a los demás como Cabeza de la Iglesia. Nos asombramos pues ante la grandeza de esta comunicación de gracia, que una simple imitación a modo romántico es incapaz de comprender y de mostrar. El hecho que lo comprueba es que Jesucristo propone como requisito para la verdad de su seguimiento la participación en su misterio pascual. Este presupuesto es el que da sentido a la extraña formulación de su exigencia para seguirle, llena de misterio: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga” (*Mt* 16,24). El contexto de este requerimiento es de la confesión de Pedro y la revelación del mesianismo de Jesús. Este marco de referencia tan singular concede el auténtico sentido al seguimiento discipular. La mención de la cruz, con su valor tipológico, asume todo el sentido de la frase: la cruz de Cristo es el sello de la verdad del seguimiento. Su inclusión, del todo ilógica dentro del

entorno judío que jamás habla de ella, ni el romano que la tiene como el peor de los castigos, expresa su aceptación como signo de la entera vida de Cristo y su fruto redentor en el cristiano.

La formulación hipotética, a modo de invitación, está tomada de la manera como Dios propone la Alianza a su Pueblo al que presenta una elección fundamental en el que se descubre *el sentido de una nueva vida*: “Mira que yo pongo hoy ante ti la vida y la felicidad, la muerte y la desgracia (...). Escoge la vida, para que vivas, tú y tu descendencia” (*Dt 30,15.19*)⁵. Despertada por esta invitación, la libertad del hombre se confronta con la Alianza divina y adquiere una nueva dimensión que se califica con parámetros existenciales: vida y muerte, que afectan al sentido mismo del ser del Pueblo. Permanecer en la Alianza es vivir, alejarse es caer en la muerte. La dimensión de absoluto que el cristianismo se atribuye, no es la sublimación de una experiencia, sino que pertenece objetivamente al contenido de la Alianza con Dios.

Fundada en el paralelo con la Alianza, la unión a la Persona de Cristo toma la posición de un vínculo definitivo, como una proposición ante la que

⁵ Cfr. A. ORBE, “El dilema de la vida y la muerte (Exégesis prenicena de Deut. 3015.19)”, en *Gregorianum* 51 (1979) 305-363.

el hombre debe elegir. Aquí la vida y la muerte reciben entonces el valor que Cristo les ofrece en su propia existencia. De esta forma, la invitación adquiere un sentido existencial en el que la unión con Cristo pasa a ser decisiva: “quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará” (*Mt 16,25*).

La formulación joánica de esta paradoja, toma como referencia el misterio pascual, de forma que establece una continuidad entre la acción de Cristo y la del cristiano con un sentido eucarístico evidente: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (*Jn 12,24*). El fruto del que habla es precisamente la fecundidad de la acción de Cristo por medio de la vida de los cristianos que, entonces, tiene una dimensión evangelizadora esencial.

El seguimiento, por consiguiente, tiene una primera dimensión sacramental como asunción del misterio pascual del paso de la vida a la muerte. Por ello, se sostiene en la polaridad que existe entre el bautismo y la eucaristía. Sin estas acciones de Cristo en su Iglesia, no existe actividad pastoral alguna. Es más, cualquier acción de la Iglesia se ha de referir a estos sacramentos como

origen y como fin⁶. La clave sacramental del seguimiento de Cristo distingue al cristianismo de cualquier planteamiento meramente sentimental. La teología liberal protestante, antidogmática y asacramental, al poner el acento en una identificación afectiva de carácter privado: “tener los sentimientos propios de Cristo” (*Filp* 2,5), emotivizó la fe, sin considerar en ningún momento la primacía de la acción previa de Cristo mediante la gracia, que nos hace hijos de Dios.

La sacramentalidad se asienta ahora en la *acción salvadora de Cristo*, una acción histórica y escatológica, más allá del lenguaje simbólico que la significa. De aquí la diferencia radical de seguimiento de Cristo, con el planteamiento gnóstico o el de los misterios de iniciación paganos como los de Eleusis⁷. La pastoral de la Iglesia siempre ha de tener una dimensión sacramental primigenia, muy diversa de un sacramentalismo reduccionista. La diferencia entre ambos términos proviene de la realidad activa por parte de Dios que sigue una

⁶ Cfr. JUAN PABLO II, C.Enc. *Veritatis splendor*, n. 21: “Bajo el impulso del Espíritu, el *Bautismo* configura radicalmente al fiel con Cristo en el misterio pascual de la muerte y resurrección, lo «reviste» de Cristo (...) La participación sucesiva en la Eucaristía, sacramento de la Nueva Alianza, es el culmen de la asimilación a Cristo, fuente de «vida eterna»”.

⁷ Cfr. L. BOUYER, *Mysterion. Du mystère à la mystique*, O.E.I.L., Paris 1986.

lógica del don. La presencia de la acción de Cristo, ministro principal de los sacramentos, es fuente de la misión de la Iglesia. Así configura al discípulo y conforma el seguimiento.

San Pablo, al proponer el significado sacramental del Amor sponsal entre Cristo y la Iglesia (*Ef 5,21-33*), lo describe directamente mediante referencias bautismales y eucarísticas⁸. El valor sacramental del matrimonio se inserta así en esta significación básica, de forma que *el matrimonio*, en cuanto sacramento cristiano, *es sin duda alguna una forma eminente de seguimiento de Cristo*. Hemos de reconocer en él un verdadero camino de santidad, sellado por la caridad conyugal.

Ahora, el seguimiento asume la integridad de la vida de Cristo como el gran don que recibe el cristiano. San Juan lo comprende con la imagen del *camino que es el mismo Cristo*: “Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí” (*Jn 14,6*). San Agustín se fundamenta en esta afirmación para mostrar la verdad de la misión redentora de Cristo que es verdad y vida precisamente en cuanto es camino: “Jesucristo, porque es camino, esto es, caminante al Padre, viador en

⁸ Cfr. para el bautismo: *Ef 5,26*: “con el baño del agua y la palabra”; para la eucaristía: *Ef 5,29*: “le da alimento y calor”.

su humanidad que vive en comunión con el Padre en el Espíritu y alcanza la plenitud de esta unión en su humanidad tras el paso de la Pascua, puede revelarnos su misterio. (...) Y así, revelándonos al Padre, nos puede comunicar la Vida que Él posee, esto es, la comunión con el Padre”⁹.

Comprendemos entonces la centralidad del seguimiento para toda la vida cristiana, como una referencia que ha de permanecer siempre. Así lo resume Juan Pablo II: “*seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana: como el pueblo de Israel seguía a Dios, que lo guiaba por el desierto hacia la tierra prometida (cfr. Ex 13,21), así el discípulo debe seguir a Jesús, hacia el cual lo atrae el mismo Padre (cfr. Jn 644)*”¹⁰.

1.3.- Como una tarea eclesial y pastoral

Esta verdad, experimentada constantemente a lo largo de la historia de la Iglesia en las más diversas manifestaciones de la vida de los santos, ha sido recientemente objeto de un estudio renovado.

⁹ J. NORIEGA, “El camino al Padre”, en L. MELINA –J. NORIEGA –J. J. PÉREZ-SOBA, *La plenitud del obrar cristiano. Dinámica de la acción y perspectiva teológica de la moral*, Palabra, Madrid 2001, 166. Las referencias son: SAN AGUSTÍN, *De Ciuitate Dei*, 11, 2 (CCL 47,322); ID., *In Iohannis Euangelium Tractatus*, Tract. 69, 3 (CCL 36,501).

¹⁰ JUAN PABLO II, C.Enc. *Veritatis splendor*, n. 19.



¿Qué acompañamiento
abre una esperanza?
*Las prácticas pastorales
con los divorciados
vuelven a casa*

Juan José Pérez Soba

Seguir leyendo

9,50€ [Comprar](#) 